

2011

Buenos Aires Cultural Exchange

Ernesto Seman

University of Richmond, eseman@richmond.edu

Follow this and additional works at: <http://scholarship.richmond.edu/jepson-faculty-publications>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Leadership Studies Commons](#)

Recommended Citation

Seman, Ernesto. "Buenos Aires Cultural Exchange ." In *Holy Fuck! hablando del kirchnerismo con el recaudador de impuestos*, edited by Huili Raffo, 28-29. Buenos Aires , Argentina: Garrincha Club, 2011.

This Book Chapter is brought to you for free and open access by the Jepson School of Leadership Studies at UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Jepson School of Leadership Studies articles, book chapters and other publications by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.



ernesto semán

20.01.2004

En algún momento pareció que todas las noches tiraban gente de los trenes. Otras veces, que violaban chicas en los parques. O asaltaban kioscos. Y remataban a alguien randomly en algún lugar público. O robaban restaurantes en los que, siempre, mataban algún comensal. O secuestraban al azar a quien tuviera un auto bueno, o una ropa cara o una cara bonita. ¿Qué pasa con todas esas historias? ¿Dejan de existir cuando desaparecen de los diarios? ¿O nunca existieron?

Pasé por Buenos Aires este verano, ya se sabe. Tres meses, a cargo de 14 americanos de paso por una ciudad mentalmente bajo estado de sitio. Hubiera creído que era parte de la eterna paranoia de los medios. Y eso quise mientras pude. Nada que uno no vea en Rio de Janeiro o México. Dos de las chicas me llamaron a las cinco de la mañana de un día, con alguien en el balcón de su departamento en Caballito, que yo atrasado unos tres años había descrito como un lugar seguro. Otra chica me llamó a la semana para ver cómo tramitar una nueva tarjeta porque acababan de sacarle la cartera de la mochila. El bueno de Kris me preguntó si tenía sentido denunciar (¿en dónde? ¿a quién?) el puntazo que le habían dado a la salida de la cancha de Boca, y por el cual sufrió daños verdaderamente menores.

Habría pensado entonces que los gringos son un blanco fácil hasta en Noruega. Y de hecho lo pensé, hasta un fin de semana en el que dos chicos de menos de 15 años nos pusieron a mí y a mi acompañante dos pistolas en la cabeza, nos sacaron todo lo que teníamos y se fueron caminando, sin duda alguna, mucho más tranquilos que nosotros. Algo que le puede pasar a cualquiera, pero a mí no me había pasado nunca, aunque tampoco había intentado subir al puente que une (o no) la ciudad de Buenos Aires con la Isla Maciel y Avellaneda.

El robo puso en marcha una nouvelle que empezó con el policía que, al pie del puente, bajó morosamente la ventanilla del patrullero, dejó la coca sobre la guantera y casi sin levantar la mirada ni la voz, me dijo: “Y, nene, ¿no escuchaste hablar de la Isla Maciel? Deberías hacer la denuncia”. Siguió unos días después con una llamada en la que alguien decía haber “encontrado” unas mochilas con el número de teléfono de mi acompañante, y nos invitaba a recoger nuestras cosas en la Isla Maciel. Después de negociar un bar en La Boca y deducir que quien había encontrado nuestras ex-per tenencias bien podía ser el mismo que las había tomado, enviamos a una policía de civil, quien nos había dicho que eso es usual, que siempre piden unos pesos para devolver aquello que no pueden hacer plata. Le dimos a ella 20 pesos. Volvió con el relato conmovedor de una pobre chica que le había robado el corazón con su ternura a resultas de la cual le había dado 40 pesos. Así llegamos a recuperar algo de lo que habíamos perdido después de distribuir 20 pesos entre los desocupados estructurales del Gran Buenos Aires y 20 pesos entre los policías peor pagos del continente.

La historia perdió algo de su gracia unos días después, cuando el portero de la casa de mi madre atendió el timbre y vio por la cámara recientemente instalada a lo que describió como un negrito peruano, que decía ser empleado de la compañía celular y que venía a ver el tema de la devolución del teléfono robado, un enredo que forzó a mi mamá y a todo su edificio a hacer un recambio general de llaves. Es decir, aun cuando mi espíritu liberal le dio a todo el asunto un lugar lateral en la visita, no pude dejar de sentir algunos reajustes en lo que un etnógrafo llamaría “encuentros urbanos”. El omen de las fuerzas de seguridad como las que aparecen en la foto, que casualmente tomé un día antes de quedar envuelto en mi modesto saqueo, se había convertido para mí en una presencia intangible e intranquilizante.

Algo de todo esto había sido ¿anticipado, producido, promovido, enunciado, diseminado, expandido, exagerado? por los medios, sobre todo en los meses previos al invierno argentino. Ahora que el tema no ha salido en la tapa de Clarín en los últimos diez días, ¿puedo confiar en llevar a mi próximo grupo de futuros posgrados sin tanquetas y guardaespaldas? ¿Dejo de lado la idea de alojarlos a todos en un apart hotel, en una logística que parecía más una pasantía en la base militar en Bagdad que un cultural exchange en Buenos Aires?